

# Nacho Ares

# DESENROLLANDO MOMIAS



Los grandes aventureros  
de la Arqueología

NACHO ARES

DESENROLLANDO MOMIAS

*Los grandes aventureros de la Arqueología*



ESPASA

© Nacho Ares, 2018  
Autor representado por Silvia Bastos, S. L., Agencia literaria  
© Espasa Libros, S. L. U., 2018

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño  
Ilustración de la cubierta: © Stefano Bianchetti / Corbis / Getty Images  
Fotografía del autor (solapa): cortesía del autor  
Fotografías del interior: ACI; AGE; Alamy; Album; archivo personal del autor; Bridgeman Images; © Eric Lessing; Getty Images; © G. Dagli Orti; Heritage Images; Internet Archive; Mary Evans Picture Library; Popperfoto; Ullstein bild; Wikimedia  
Iconografía: Grupo Planeta

Preimpresión: Safekat, S. L.

ISBN: 978-84-670-5338-8  
Depósito legal: B. 21.366-2018

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

Impreso en España / *Printed in Spain*

Impresión: Cayfosa, S. A.

Editorial Espasa Libros, S. L. U.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona  
[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

# ÍNDICE

PRÓLOGO, por Javier Sierra .....	13
INTRODUCCIÓN .....	17
1. DOMINIQUE VIVANT, BARÓN DE DENON (1747-1825) .....	25
<i>El redescubrimiento de Egipto</i>	
2. GIOVANNI BATTISTA BELZONI (1778-1823) .....	47
<i>El gigante rojo</i>	
3. RICHARD WILLIAM HOWARD VYSE (1784-1853) .....	68
<i>La gloria de las pirámides</i>	
4. JEAN-FRANÇOIS CHAMPOLLION (1790-1832) .....	84
<i>El padre de la egiptología</i>	
5. PAUL-ÉMILE BOTTA (1802-1870) .....	103
<i>Un confidente encuentra a Sargón</i>	
6. SIR HENRY CRESWICKE RAWLINSON (1810-1895) .....	118
<i>Un inglés en la corte de Darío</i>	
7. KARL RICHARD LEPSIUS (1810-1884) .....	129
<i>Tras los pasos de Champollion</i>	
8. SIR AUSTEN HENRY LAYARD (1817-1894) .....	147
<i>El embajador en Madrid que descubrió Nínive</i>	
9. FRANÇOIS AUGUSTE FERDINAND MARIETTE (1821-1881) ...	158
<i>El guardián de los tesoros de Egipto</i>	



10. HEINRICH SCHLIEMANN (1822-1890) .....	177
<i>A la conquista de Troya</i>	
11. GASTON CAMILE CHARLES MASPERO (1846-1916) .....	193
<i>Una aventura de detectives</i>	
12. SIR ARTHUR JOHN EVANS (1851-1941) .....	214
<i>El sueño del laberinto de Cnosos</i>	
13. SIR WILLIAM MATTHEW FLINDERS PETRIE (1853-1942) ...	229
<i>El extraño arqueólogo de la gabardina rosa</i>	
14. HOWARD CARTER (1874-1939) .....	248
— <i>¿Ve usted algo?</i>	
— <i>Sí, cosas maravillosas.</i>	
15. SIR LEONARD WOOLLEY (1880-1960) .....	272
<i>El hombre de la Biblia de Ur</i>	
BIBLIOGRAFÍA .....	285
RELACIÓN DE ILUSTRACIONES .....	287
MAPAS .....	294

# 1

## DOMINIQUE VIVANT, BARÓN DE DENON (1747-1825)

### *El redescubrimiento de Egipto*

*Hubo algunos antes que él pero, sin lugar a dudas, Denon fue el primero. Vivant Denon, el caballero del Louvre, quien en vida representó a la perfección el papel de bon vivant, fue un bohemio y un gran artista. Fue a este barón francés a quien el destino encomendó la tarea de plantar, durante la expedición de Napoleón a Egipto, la semilla de lo que en breves años se convertiría en una ciencia sólida: la egiptología.*



Dominique Vivant Denon, retrato al óleo de Robert Lefèvre (1808).

No le costó ningún esfuerzo. Envuelto en unas sábanas que comenzaban a parecer harapos, Denon pasaba la noche desvelado, consciente de que en cualquier momento desde la cubierta del barco alguien gritaría adelantando la gran noticia.

Transcurría la calurosa noche del 1 al 2 de julio de 1798. Después de varias semanas de navegación por el Mediterráneo, al fin, desde

el palo mayor, un marinero dio el aviso de que por fin se divisaban las luces tintineantes que delataban la cercanía de las costas de Alejandría.

Como si estuviera manejado por un extraño resorte, Denon se puso en pie y a medio calzar se apresuró hacia las escaleras, devorando los estrechos peldaños de tres en tres. Despeinado por los continuos zarandeos de su cabeza contra la almohada, pudo divisar a lo lejos las tenues luces de la ciudad. Desde ese momento una incontrolable excitación se apoderó de su cuerpo.

Denon no partía solo. Con él iban 13 buques de línea, 9 fragatas, 11 corbetas y 232 buques de transporte, todos ellos dispuestos a llevar a la gloria a los 31.860 soldados y 680 caballos que allí fueron embarcados. Guiados por la poderosa figura del joven general Napoleón Bonaparte, y después de haber padecido casi dos interminables meses desde su partida de Toulon, con numerosos contratiempos sobre las aguas del Mediterráneo, la flota francesa llegaba, al fin, a su ansiado destino: Egipto.

Entre la numerosa tripulación había un amplio grupo de sabios especialmente entusiasmados por esta nueva hazaña del joven general contra las tropas inglesas. Para esos 167 hombres, aquella noche estival significaba el comienzo de una gran aventura con la que habían soñado en multitud de ocasiones.

A la mañana siguiente, con sus herramientas de dibujo y grabado, Denon descendió del barco poniendo el pie sobre la cálida arena de la playa alejandrina. Tenía ante sí un ingente trabajo de recopilación y estudio de los miles de monumentos existentes en aquel país. Un solo objetivo le unía a todos sus compañeros: contar al mundo entero la historia protagonizada por ese pueblo hace 5 000 años. La historia del comienzo del mundo.

Dominique Vivant Denon nació el 4 de junio de 1747 en Givry, una pequeña localidad cercana a Châlon-sur-Saône, en pleno corazón de Francia. Nacido en el seno de una familia de la baja nobleza, al futuro barón de Denon nunca le faltaron las mejores escuelas donde adquirir una educación a tono con su condición social. Realmente su nombre no era Denon, si no De Non, pero para pasar desapercibido en una época en la que ser noble podía costarle la cabeza —nunca mejor dicho—, prefirió jugar a la ambigüedad.

Al finalizar sus estudios primarios, el joven Denon se trasladó a la capital francesa para comenzar su formación en la universidad pari-

sina. Siguiendo las orientaciones de su familia, en París se matriculó en los estudios de Derecho, comenzando esta carrera con toda normalidad. Sin embargo, no tardó mucho en darse cuenta de que las leyes no estaban hechas para él, y lo que en un principio había sido una elección forzada por la influencia de su padre se convirtió en un estrepitoso fracaso académico; al poco tiempo, terminó abandonando los estudios de abogacía.

La causa de aquel abandono no obedecía a que fuera un mal estudiante. Al contrario, todos le tenían por un muchacho inteligente y aplicado. Pero el joven se sentía tentado por otras aficiones, para él infinitamente más atractivas que aprenderse de memoria una retahíla de leyes con las que luego manejarse en los juzgados. Denon estaba fascinado por las artes y las letras, y no dudó en cambiar los libros de leyes por los grandes literatos antiguos. Prueba de su escaso interés por los estudios legales era el estado de sus libros académicos: todos ellos estaban garabateados con singulares bocetos —algunos de ellos poco decorosos—, con los que se entretenía en las largas horas de clase.

Denon, decidido a escapar de tan frustrante situación, comprendió que podía aprovechar el título de su familia para introducirse en otros ambientes que le fueran más propicios para desarrollar sus verdaderos intereses. De este modo no tarda en ser conocido en los círculos más selectos de la alta sociedad francesa. Su afable carácter le abrió numerosas puertas, llegando incluso a contactar con los personajes más cercanos al rey de Francia, Luis XV, el Bienamado. Fue precisamente este quien vio en Denon, que entonces apenas tenía veinte años, la persona indicada para gestionar la espléndida colección de medallas y gemas de su amante, Jean Antoniette Poisson, marquesa de Pompadour. Esta dama, que aparte de ser conocida por sus flirteos con la nobleza pasaría a la historia por ofrecer su dinero y amistad a grandes filósofos de la época y favorecer el desarrollo de las artes y de las letras, reconoció la valía del joven Denon para la tarea que el rey le había confiado.

Nuestro protagonista no tardó en destacar entre el selecto grupo de la alta sociedad francesa. Su atractivo físico le convirtió en uno de los hombres más deseados de la corte, con un extraordinario éxito entre las mujeres, circunstancia que le ayudó a alcanzar todas las metas que se propuso a lo largo de su carrera. Quizá producto de sus continuas relaciones y de su pasión por las letras, fue el estreno





Uno de los extraordinarios dibujos de Denon incluidos en su libro *Voyage dans la Basse et Haute Egypte* (1802).

funcionario de la corona de Francia. En calidad de barón de Denon, pasará dos décadas en un continuo ir y venir para recorrer Europa, si bien nunca olvidó sus grandes aficiones. Allá a donde iba seguía escribiendo y dibujando, y en la medida de lo posible ampliaba sus estudios de arte o compraba pequeñas obras con las que iba alimentando su naciente pasión por el coleccionismo.

En 1772 Denon parte a San Petersburgo, donde trabajará como secretario en la embajada francesa. Poco tiempo después es reclamado por la de Suecia, país al que se desplaza hasta que, pasados tres años, es enviado en misión especial a Suiza. Allí, realizará tareas como funcionario del ministerio de Negocios Extranjeros hasta 1776. Ese año abandona Suiza para ir en misión diplomática a Nápoles, entonces un Estado, en donde desarrolló una intensa labor política hasta 1785, acompañando al embajador, el conde de Clermont d'Amboise.

Muy lejos de su país y entregado a sus quehaceres diplomáticos, durante muchos años Denon vivió al margen de las circunstancias que en poco tiempo terminarían por provocar la revolución que iba

en París de su comedia en tres actos, *Julia o el buen padre*.<sup>1</sup> Corría el año 1769 y al mismo tiempo que escribía algunos cuentos eróticos, si no pornográficos, Denon aprovechaba el tiempo asistiendo a las clases de dibujo de Noel-Hallé. Las sabias lecciones de su maestro, sumadas a las facultades innatas que poseía Denon para el dibujo, le servirían en años futuros para realizar los más bellos grabados sobre obras de arte de todos los tiempos.

Pero muy pronto debe relegar a un segundo plano su afición por las artes y las letras en favor de sus obligaciones como

<sup>1</sup> *Julie, ou le bon père* fue publicada en 1769.

a sacudir Francia. Apartado de estos asuntos, en un viaje esporádico a su país en 1787, se unió a la Academia de Bellas Artes. En estas fechas, tras una breve estancia en Sicilia, isla en la que adquirió una magnífica colección de vasos de cerámica griegos, vuelve a Francia con una idea muy clara: vender esta espléndida colección al nuevo rey de Francia, el sucesor de Luis XV, su nieto Luis XVI, para obtener fondos y regresar a Italia. En esta ocasión su labor no sería diplomática ni política, sino meramente artística.

Con el dinero obtenido de la provechosa venta realizada al monarca, nuestro hombre regresa a Italia y marcha a Venecia. En la ciudad de los canales se gasta todo el dinero en hacerse con un gran número de grabados que, con el paso del tiempo, se convertirían en el núcleo principal de su colección particular. Muchos de ellos fueron adquiridos, con gran habilidad, de una remesa de obras de arte que durante tres siglos había pertenecido a la familia Zametti.

Fueron momentos muy complicados en la vida del diplomático, ya maduro. Mientras él se encontraba en Venecia, en Francia estalla la revolución y Denon deja de tener noticias de su familia. En ese estado de incertidumbre, acaba sabiendo que todas sus propiedades han sido confiscadas y que, al igual que sucedió con otros muchos nobles de la época, su nombre ha sido puesto en busca y captura.

En un momento de arrojo, o quizá de locura, Vivant Denon, pasados los cuarenta, decide abandonar Italia y volver a París para reencontrarse con su familia. Los riesgos de aquella acción eran muchos y, al poco de cruzar la frontera, fue detenido por las tropas revolucionarias. La limpieza social que se estaba llevando a cabo en Francia fue implacable con nuestro protagonista, por mucho que su familia, al fin y al cabo, solo perteneciera a la pequeña nobleza. Como les sucedió a otros muchos de su condición, en aquellos días terribles su cabeza corrió serio peligro de acabar rodando por el entarimado del cadalso.

Quizá la misma fuerza interior que le empujó a estar con los suyos en aquellos momentos tan difíciles fue lo que, en el último instante, le salvó la vida. Como si se tratara de un regalo de la providencia, Denon consiguió eludir la pena capital, cuando la cuchilla ascendía por las guías de la guillotina para caer luego implacable sobre el cuello del artista. El responsable de aquel afortunado giro no fue otro que su gran amigo Jacques Louis David, el genial pintor de la Revolución que inmortalizó a Napoleón Bonaparte en un sin-

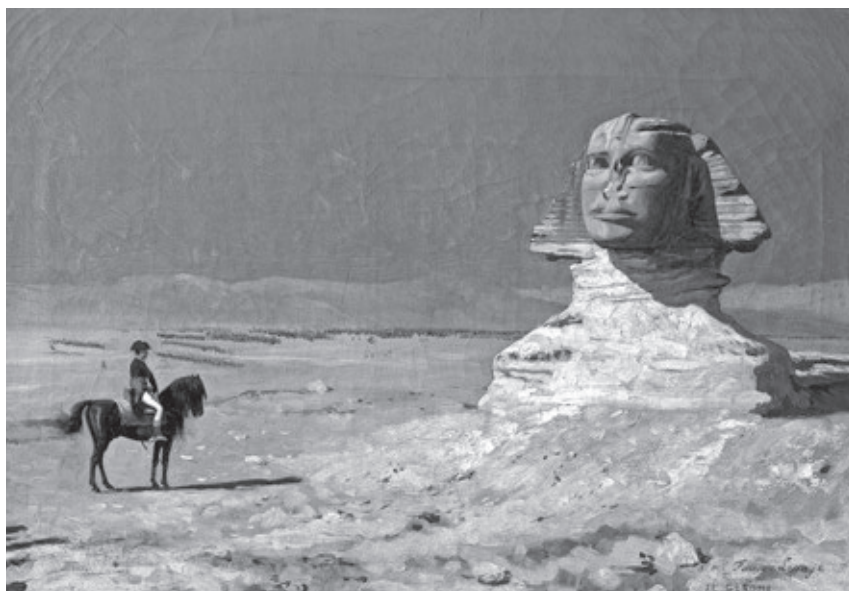
fin de lienzos. También diplomático, David tuvo la oportunidad de coincidir con Denon en Italia a finales de la década de 1770. Sus aficiones comunes en el campo de las artes hicieron que el pintor revolucionario sintiera un gran afecto por aquel noble de segunda, un poco loco, que había decidido recorrer los caminos de Europa en busca de grandes obras de arte, respaldándose en una actividad diplomática para su país.

Escarmentado por aquello, Denon no tardó en cambiar de estrategia. Enfundándose en las nuevas corrientes políticas, consiguió dar la vuelta a una situación realmente peligrosa. Como había hecho cuando apenas tenía veinte años, edad en la que se introdujo en los círculos del rey Luis XV, consiguió ganarse la simpatía de los más cercanos al nuevo y flamante emperador, alcanzando metas personales que jamás habría podido soñar.

Seis años después de que estallara la Revolución, la tormenta que derribó todo un régimen se fue remansando y se instaura el Directorio (1795). Denon, con casi cincuenta años, no ha olvidado sus buenas modales cortesanos y frecuenta asiduamente el salón de Joséphine de Beauharnais, consorte de Napoleón, que se convertirá en su gran protectora. En los salones de su lujosa mansión parisina se reunía lo más exquisito de la alta sociedad de la época. Auténtico foro de cotilleos políticos y sociales, era el lugar perfecto para conseguir los mejores contactos. Denon, como había hecho siempre, se unió al círculo más inteligente, el que rodeaba al Primer Cónsul, el futuro emperador Napoleón I.

Fue precisamente en una de esas reuniones en casa de Joséphine de Beauharnais donde se proyectó la mayor aventura arqueológica jamás vista hasta entonces. La tirante situación política con Gran Bretaña hacía viable que Francia se planteara seriamente la posibilidad de hacer valer su presencia en Egipto, con el fin de contrarrestar el poder británico. Sin embargo, no fue eso lo que realmente cautivó la imaginación de Denon. Alguien en la reunión planteó la posibilidad de que aquella expedición contase con un equipo de sabios para recopilar toda la información posible sobre la mítica civilización faraónica que durante siglos había brillado con luz propia en el Valle del Nilo.

A Denon, avezado en numerosas aventuras en el extranjero, aquella empresa le parecía una experiencia fascinante. Entusiasmado, no dudó ni un momento en presentarse como voluntario a la expedición, esgrimiendo su pericia como dibujante.



*Bonaparte ante la Esfinge*, óleo sobre lienzo de Jean-Léon Gérôme (1867-1868).

Sin embargo, el tiempo no había pasado en balde para el barón. Embriagado por su entusiasmo, olvidó que acababa de cumplir cincuenta y un años. Con gran decepción por su parte tuvo que ver como su candidatura era rechazada, primero por razones de edad —en aquella época un cincuentón era visto más como un anciano que como un hombre maduro— y, de forma más soterrada, por cuestiones morales: las costumbres libertinas de las que el propio barón hacía gala en los elegantes salones parisinos no le presentaban como el individuo más idóneo para incorporarse a un proyecto tan ambicioso como noble.

Pero el destino tenía un as guardado en la manga para el barón. En esta ocasión, Joséphine de Beauharnais, la organizadora de estas selectas reuniones, conocía perfectamente el lado artístico de Vivant Denon y estaba convencida de que, mucho más allá de los relatos eróticos de los que era autor o de los escándalos amorosos que había protagonizado —a los que debía su reconocida mala fama de vividor—, Denon era perfecto para aquella expedición.

Joséphine se mostró dispuesta a hablar personalmente con Napoleón a favor de Denon. En pocos minutos fue capaz de demostrarle su valía para una empresa tan ambiciosa como la que se estaba fraguando aquella noche.

Aún con algunas dudas, Napoleón prefirió investigar por sí mismo la valía real de Denon. Así lo relata el historiador Anatole France:

En 1797, Denon coincide en un baile, en la casa del señor de Talleyrand, con un joven general que está pidiendo un vaso de limonada. Denon le ofrece el que tiene en la mano. El general le da las gracias y entablan una conversación. Denon habla con la simpatía que es habitual en él y en un cuarto de hora se gana la amistad de Bonaparte. Desde el primer momento, la señora Bonaparte —Marie Joséphe Rose Tascher de la Pagerie [Joséphine]— le halló de su agrado y, de este modo, se convirtió en uno de sus íntimos. Al año siguiente cuando estaban en el camarín de esta dama, calentándose al fuego porque todavía era invierno, le dijeron:

—¿Quiere usted formar parte de la expedición a Egipto?

—¿Seré dueño de hacer con mi tiempo lo que desee y tendré libertad de movimientos? —preguntó.

Le prometieron que así sería.

—Iré —dijo.<sup>2</sup>

Para Denon era un auténtico honor formar parte de un grupo de intelectuales tan reputado. Una selecta lista de hombres engrosaba el equipo de sabios que acompañaron a Napoleón. Grandes eruditos que, en muchos casos, habían dejado una brillante estela tras de sí a su paso por la ciencia. Entre ellos destacaban el naturalista Geoffroy Saint-Hilaire; el minerólogo De Dolomien, quien daría nombre a la dolomita; el químico Claude Bertholet; el cirujano Dominique Larrey; el músico Guillaume Villoteau; el botánico Marie Jules de Savigny; el inventor del lapicero con una mina, Nicolas-Jacques Conte; el geómetra Coutelle; el geólogo de Rozière... En total ciento sesenta y siete hombres, entre lo más granado de la ciencia francesa de la época.

Los preparativos se hicieron rápidamente y la expedición napoleónica desembarcó en Alejandría la mañana del 2 de julio de 1798. Tras realizar las primeras inspecciones de rigor y ante la sorprendida mirada de los alejandrinos, la gigantesca comitiva francesa se adentró en las calles de la ciudad. Poco tiempo permanecerían allí. A los pocos días, Napoleón hizo marchar sus tropas hacia el núcleo mismo en donde se encontraba el problema al que habían ido a enfren-

<sup>2</sup> Anatole France, *Notice Historique sur Vivant Denon*, París, 1890.



tarse. Por ello, tras hacer acopio de todo lo necesario para el largo viaje, los más de 30.000 hombres que integraban la expedición dirigieron sus pasos hacia el sur, atravesando todo el delta del Nilo hasta alcanzar en agosto la capital del país, El Cairo.

Arrastrado por los verdaderos objetivos que guiaban la expedición de Napoleón, Denon, al igual que el equipo de sabios, debe seguir el mismo camino del ejército que le ha traído hasta Egipto y que, al fin y al cabo, le servirá de respaldo y sustento a lo largo de toda su estancia en el país.

No lejos de El Cairo, el ejército francés protagonizará uno de los momentos culminantes de la campaña egipcia. Empujado hasta la meseta de Gizeh, el ejército de Napoleón debe enfrentarse a las tropas de los mamelucos, guiados por su temible y sangriento jefe, Murad Bey. Aquel 21 de julio de 1798 Denon es testigo de un hecho militar excepcional que tomaría su nombre del magnífico telón de fondo donde tuvo lugar: la batalla de las Pirámides, a casi doce kilómetros de la meseta de Gizeh, concretamente en el actual barrio de Imbaba, en la orilla occidental, al suroeste de El Cairo. La victoria de Napoleón sobre los mamelucos que, aunque peor armados, casi doblaban en número a las tropas francesas, se debió a la excepcional táctica adoptada por su general. La entrada triunfal de Napoleón en El Cairo supuso una importante inyección de moral para sus soldados, que se encontraban agotados. El duro verano egipcio había pasado recibo a sus tropas, que habían tenido que avanzar penosamente durante días cargando con material muy pesado y en condiciones durísimas.

Pero para Vivant Denon la batalla de las Pirámides tuvo una repercusión adicional. Momentos antes del enfrentamiento, el joven general francés se había dirigido a sus tropas en una emotiva arenga que los siglos han inmortalizado. Con voz potente, gritó: «¡Soldados, desde lo alto de estas pirámides cuarenta siglos os contemplan!».

Fue el propio Denon el primero en publicar y autenticar esta célebre frase, hoy universal. Era el reconocimiento tácito y definitivo de la importancia histórica de aquella misión, fraguada en los salones parisinos de la casa de Joséphine de Beauharnais, a cuya intercesión Denon siempre estuvo agradecido, ya que le permitió ser testigo, en primera línea, de aquel momento histórico.

Tras alcanzar su histórica victoria, Napoleón cayó rendido ante la fascinante presencia de las pirámides. En aquella época los enigmáticos monumentos eran perfectamente visibles desde el campo de batalla, como una suerte de gigantescas montañas artificiales de piedra.

Tras manifestar su interés a sus hombres más cercanos, una pequeña comitiva se acercó hasta las inmediaciones de la Gran Pirámide construida por el faraón Keops. Después de atravesar el pasillo abierto por el jeque persa Al-Mamun en el año 820, Napoleón, ayudado por sus soldados, consiguió alcanzar la Gran Galería, en pleno corazón del monumento. Aquello era majestuoso. La titilante luz de las antorchas reflejaba destellos anaranjados sobre la piedra de aquel gigantesco corredor. Hoy la ascensión por la Gran Galería es muy sencilla, pero en aquella época no estaba habilitada para deambular por su interior. Solo existía una peligrosa rampa de piedra resbaladiza. Apoyándose en las oquedades existentes a los lados del suelo, Napoleón y sus hombres alcanzaron la llamada Cámara del Rey, una espaciosa habitación en cuyo extremo más occidental podía verse la presencia de un deteriorado sarcófago de granito totalmente vacío.

Sumergida en la leyenda, la estremecedora vivencia del general en esta estancia se cuenta como una de las anécdotas más sorprendentes de su vida. Una vez dentro, pidió a todos sus acompañantes que le dejaran unos instantes solo junto al desnudo sarcófago de granito rojo procedente de las sureñas canteras de Asuán. A decir de los que le acompañaban, transcurrido un largo período de tiempo, Napoleón abandonó la estancia entre sofocos y con el rostro muy pálido.

Después de recibir los primeros cuidados, uno de sus acompañantes, tras inspeccionar la Cámara del Rey en busca de la causa del malestar de su general y ver que no había nada extraño, se aventuró a preguntarle qué es lo que había sucedido allí dentro.

Sentado en el suelo, levantando ligeramente la cabeza, Napoleón se limitó a insistir en que se olvidara de lo sucedido. «No quiero oír hablar a nadie de esto —espetó el general—. Al fin y al cabo, qué más da. De todos modos no ibais a creerme».<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> Sobre lo que vivió el general francés en la Gran Pirámide se ha especulado mucho. No fue el único. Se dice que Alejandro Magno y Julio César vivieron algo

De regreso a El Cairo, Napoleón toma conciencia de la ingente labor que hay que desarrollar en aquel país. En el trayecto desde Alejandría, el general no había hecho más que ver monumentos, naturaleza y gentes. Un mundo mucho más complicado de lo que nadie había pensado en un primer momento. Movido por su atracción por las pirámides, el general francés decide crear una institución que sirva de soporte a las tareas que debía realizar su equipo de sabios. El 22 de agosto de 1798 se funda en El Cairo el Instituto Egipcio, en una solemne ceremonia para celebrar el acontecimiento.

Aunque Denon fue adscrito al equipo encargado de literatura y artes, lo cierto es que no necesitaba directriz alguna para saber qué es lo que tenía que hacer. Rechazando el engorroso trabajo en equipo, su espíritu individualista le llevó a seguir sus propias y originales iniciativas.

Desde que puso por primera vez el pie en Egipto, Denon no se había apartado de su carpeta de dibujos. Su interés no se limitaba a los templos y los grandes monumentos que veía a su alrededor. Allí donde iba, dibujaba retratos de los habitantes de las ciudades que tanto le llamaban la atención. Sus rostros oscuros, con rasgos muy marcados por el sol, los exóticos turbantes o lo llamativo de sus vestidos, fueron representados con infinidad de detalles en los dibujos a carboncillo del francés. A la búsqueda de un descubrimiento que inmortalizar sobre sus cuadernos de dibujo, recorría de forma incansable las laberínticas callejuelas de la capital con sus lápices en la mano, dispuesto a que ningún detalle se le escapara.

Pero los acontecimientos militares le superan y Denon llega a lamentarse de no poder dedicar el tiempo deseado a reflejar con sus dibujos todas aquellas maravillas que tiene ante sí. Cuando llega a sus oídos que la expedición comienza su marcha precipitada e irrefrenable hacia el sur, en menos de veinticuatro horas, Denon decide dejar el grupo. A lomos de su caballo, y junto a algunos compañeros, se dirige a la carrera hacia la meseta de Gizeh. ¡Ni se le había pasado por la cabeza marcharse de El Cairo sin haber visitado antes las pirámides!

---

parecido. Javier Sierra, en su novela *La pirámide inmortal* (Barcelona, 2014), recrea brillantemente la visita de Napoleón a la Gran Pirámide.

A medida que se acerca a la planicie, Denon observa cómo las pirámides crecen en el horizonte, cada vez más majestuosas. Pero el verdadero motivo de su precipitada excursión hasta Gizeh no son realmente las pirámides, pese a toda su magnificencia. Preocupado por su inseguro destino y con la cara ya quemada por el sol, Denon no quiere abandonar el lugar sin haber realizado un croquis de la escultura más grandiosa que jamás haya visto un ser humano: la Esfinge.

Sumergida hasta el cuello en la densa arena del desierto, la pétreo figura mitad humana mitad leonina parece negarse a desaparecer de la meseta. Hacia ella dirige Denon sus pasos, con la intención de realizar un boceto que, con el paso de los años, se haría universalmente famoso. Denon dejó escrito que, pese a sus proporciones colosales, los contornos que se conservaban de la figura eran tan ágiles como puros. Destacó en particular la expresión del rostro, dulce, graciosa y tranquila. Aunque el estilo le parecía africano en el trazado de la boca, de labios gruesos, veía una blandura en el movimiento y una finura en la ejecución verdaderamente admirables.

En su afán de perseguir a los soldados mamelucos hasta el corazón de Egipto, el ejército francés emprende el camino hasta el extremo meridional del país. Al frente de la operación iba Louis Charles Des Aix, más conocido como Desaix, militar que a pesar de su juventud —solamente tenía treinta años— ya era general. Y junto a él iba Denon, a quien le unía una gran amistad consolidada por sus gustos comunes hacia la literatura y las artes.

Fue al comienzo de este viaje Nilo arriba cuando Denon protagonizará una de las anécdotas más curiosas de su estancia en Egipto, en palabras del historiador Anatole France.

Cautivado por la belleza del paisaje, «un día vio unas ruinas y dijo: “Tengo que dibujarlas”. Obligó a sus compañeros a desembarcarle, corrió por la llanura, se acomodó en la arena y se puso a dibujar. Cuando ya estaba terminado el trabajo, una bala pasó silbando por encima del papel. Levantó la cabeza y vio un árabe que acababa de fallar el tiro y estaba cargando de nuevo el arma. Tomó el fusil que había dejado en el suelo, hirió al árabe de un disparo en el pecho, cerró la cartera y regresó al barco. Por la noche le enseñó el dibujo a la plana mayor. El general Desaix le comenta: “La línea

del horizonte está torcida”. “¡Ah!”, contestó Denon, “la culpa fue del árabe, que disparó antes de tiempo”». <sup>4</sup>

En su particular guerra al olvido, Denon se entusiasma dibujando todo aquello que su vista alcanza. Además, su trabajo se extiende a seleccionar antigüedades para, posteriormente, ordenar su traslado a París. Su trabajo es especialmente meritorio, teniendo en cuenta que las condiciones en las que lo realizó eran realmente difíciles, tal y como él mismo explicó después. Por ello, debía de contentarse con las no pocas facilidades que le proporcionaba la misión napoleónica. «Sentado ante la mesa, con el mapa delante —comentaba Denon a su regreso a Francia—, el implacable lector le reprochará a este pobre viajero perseguido, hambriento, expuesto a todas las miserias de la guerra: “Vamos, aquí están Afroditópolis, Cocodrilópolis, Ptolemais. ¿Qué ha hecho usted con estas ciudades? ¿Acaso no tenía usted un caballo para llevarle hasta allí y un ejército para protegerle?” (...). Tenga usted, lector, la bondad de pensar que estábamos rodeados de árabes, de mamelucos y que, con toda probabilidad, me hubieran raptado, robado, asesinado, si se me hubiera ocurrido ir a buscar para usted, a cien pasos de la columna, unos cuantos ladrillos de Afroditópolis».<sup>5</sup>

La marcha hacia el sur de los soldados franceses en pos de los mamelucos es imparable. Denon, plenamente consciente de que sus propios movimientos dependen por completo del avance del ejército, llega a rogar a Dios para que los mamelucos no se rindan. Ello significaría el final de la guerra y, por lo tanto, el de su propio proyecto, pues se vería obligado a retroceder al norte del país para emprender la vuelta a Francia. Esto le privaría de admirar la mayor parte de los monumentos que se conservaban en Egipto, de cuya existencia tenía noticias por las crónicas de antiguos viajeros.

Tras dejar atrás las ciudades de Hermópolis y Asiu, la expedición se acerca al Alto Egipto, región en la que antaño brillara la mítica Tebas de los faraones, la ciudad de las Cien Puertas que describió el historiador griego Heródoto en el siglo V antes de nuestra era. Denon observó que las rocas estaban excavadas con incontables tumbas, decoradas con mayor o menor magnificencia. Y le llamó la atención que las plazas interiores de aquellas grutas estuvieran re-

---

<sup>4</sup> J. Vecoutter, *Egipto, tras las huellas de los faraones*, Madrid, 1989, pp. 50.

<sup>5</sup> J. Vecoutter, *ibidem*, Madrid, 1989, pp. 49-50.



pletas de jeroglíficos. Según él, harían falta meses para leerlos, en el caso de que supieran la lengua, y serían necesarios años enteros para copiarlos.

Como si de un capricho de la providencia se tratara, la clave para descifrar aquellos jeroglíficos se encontraba en la ciudad mediterránea de Rosetta, a cientos de kilómetros al norte de donde se encontraba Denon. A poco más de siete kilómetros al noroeste de esta urbe, las tropas de Napoleón debían reparar el maltrecho fuerte de Rachid. Durante las tareas de reparación, un antiguo granadero que ahora trabajaba para el servicio de ingenieros, André Simon, se encontraba despejando de arena una zona. Hastiado por aquella desagradable tarea y agotado por el intenso calor del desierto egipcio, soltó un exabrupto cuando su pala chocó con algo duro que le impedía seguir trabajando.

Con desdén, se apartó hacia la derecha buscando un lugar con arena más blanda. Su capitán, Bouchard, le observaba desde no muy lejos. Ante el movimiento evasivo de su subordinado, decidió acercarse hasta él y descubrir lo que sucedía.

—¿Por qué no sigues trabajando donde te he dicho en un principio? —preguntó a Simon.

Tras levantar la cabeza y cubrirse la vista para protegerse de los rayos del sol, el granadero contestó:

—Señor, hay una piedra que no me deja continuar.

—Si te he dicho que trabajes ahí, por algo será, ¿no crees? ¡Vuelve donde te dije y sigue cavando! —contestó Bouchard, malhumorado por la actitud de su subordinado.

Tras un apenas audible «a sus órdenes», Simon obedeció a su capitán y ante la severa mirada de este continuó despejando arena junto a la piedra. No tardó en aparecer una gigantesca losa negra llena de diminutos jeroglíficos blancos.

Al verlo, Bouchard, que desde niño había sentido un interés especial por las antigüedades, quitó la pala a Simon y siguió excavando él mismo con incontrolable frenesí.

Tras siglos de arena y olvido, aquella losa de granito negro volvía a ver la luz. Sobre su superficie aparecían grabadas tres misteriosas series de inscripciones. A primera vista solamente pudieron distinguir el jeroglífico y el griego antiguo, ignorando a qué clase de grafía se correspondían las líneas centrales. Desde el principio Bouchard fue consciente del sensacional descubrimiento que acababa de reali-

zar su granadero. De confirmarse sus sospechas, la piedra podría contener un mismo texto redactado en tres escrituras diferentes. ¿Tendría ante sí la llave del desciframiento de los jeroglíficos? No se equivocaba.<sup>6</sup>

La obsesión de Denon por dar testimonio de la cultura egipcia le llevó a copiar con infinito detalle las inscripciones que veía sobre las paredes de los hipogeos<sup>7</sup> que encontraba a su paso, y a transportar hasta el barco algunos de sus relieves más espectaculares. Aunque él, personalmente, no entendía los jeroglíficos, confiaba en que sus láminas servirían para que alguien, en un futuro, pudiera descifrarlos.

Su amplitud de miras convierte a Denon en un artista singular. Sus dibujos no solamente reproducen con mimo y detalle los antiguos monumentos de la civilización egipcia, que tanto le fascinaba. Al igual que ya le sucedió en El Cairo, Denon experimentó una especial simpatía por las gentes que habitaban aquella parte del país. Sin despegarse un solo instante de la cartera en la que llevaba todos los útiles de dibujo, deambulaba por las calles de las aldeas en busca de algún detalle curioso que trasladar a sus cuadernos. Comprobó que, aunque similares, las vestimentas de los hombres y mujeres de esta parte del país eran diferentes a las del norte, lo que les confería una importancia que el francés no estaba dispuesto a dejar pasar por alto. Sus cuadernos se llenan de retratos, entremezclados con inspirados dibujos de monumentos y esmeradas reproducciones de jeroglíficos.

Uno de los lugares que más fascinó a Denon fue el templo de la diosa Hathor en Dendera, al norte de Luxor. Maravillado por la exactitud de sus formas, no pudo privarse de explicar a sus lectores lo que sentía ante aquel edificio tan subyugante.

Uno de los mejores momentos de su estancia en Egipto fue, sin duda, su llegada al templo de Amón, en Karnak, situado en la orilla este de Luxor, la antigua Tebas. Conscientes del peso de la historia que les rodeaba desde hace meses, los soldados del ejército francés entran en el templo de Karnak sobrecogidos. Habían oído hablar de la magnificencia de aquellas ruinas, pero lo que sus ojos ven supera

---

<sup>6</sup> La apasionante historia del desciframiento de los jeroglíficos a partir del texto de la piedra de Rosetta aparece relatado más adelante, en el capítulo dedicado a la vida de Jean-François Champollion, el artífice de este importante logro.

<sup>7</sup> Tumbas excavadas en la roca de la montaña.

todos los comentarios que habían escuchado en las semanas previas. Denon relata cómo los soldados, emocionados ante aquellas ruinas majestuosas, en aquel momento de alegría rompen al unísono en un sentido aplauso celebrando la gloria de los antiguos faraones. «Esta ciudad olvidada, que el pensamiento apenas entrevé a través de la oscuridad del tiempo, era todavía un fantasma tan gigantesco para nuestra imaginación que los soldados, ante estas ruinas dispersas, se detuvieron por su propia iniciativa y, en un movimiento espontáneo, aplaudieron como si la ocupación de los restos de esta capital hubiese sido la meta de sus gloriosos trabajos, como si hubiesen completado la conquista de Egipto».<sup>8</sup>

Por desgracia, los deberes militares de la expedición obligan a Denon a pasar solamente doce horas en la ciudad de Tebas, sin lugar a dudas el lugar de Egipto con mayor riqueza en monumentos. Como hizo meses atrás en El Cairo, Denon, por su cuenta y riesgo, toma su montura de las caballerizas y, si en aquella ocasión arriesgó su vida por la Esfinge y las pirámides, ahora no está dispuesto a dejar Tebas sin haber visto de cerca los grandes santuarios de la antigua capital. No entiende una palabra de lo que cuentan los jeroglíficos y carece de cualquier conocimiento básico sobre la religión de los egipcios, su forma de vida o sus técnicas de construcción. Sin embargo, la belleza y grandiosidad que emana de aquellas figuras, las convierte en algo atemporal claramente perceptible por cualquier ser humano. Allí escribirá: «Encontraba rodillas para servirme de mesa y cuerpos para darme sombra. El sol alumbraba, con rayos demasiado ardientes, una escena que quisiera pintar a mis lectores, para compartir con ellos el sentimiento que experimenté ante objetos tan grandiosos y la emoción embriagadora de un ejército que me hacía sentir orgulloso de ser francés».

Más azarosa fue su visita a la orilla occidental de Tebas, la orilla de los muertos. Allí, junto con Desaix, visitó con especial interés las tumbas del Valle de los Reyes. La visita a la necrópolis no estaba ausente de peligros. Muchas de las tumbas aún eran empleadas por los lugareños como improvisadas viviendas o incluso como redil para el ganado. «Entré a caballo con Desaix —contaría en su diario de viaje—, imaginando que estos lugares oscuros no podían ser más que un asilo de paz y de silencio, pero apenas nos vimos envueltos

---

<sup>8</sup> J. Vecoutter, *Egipto, tras las huellas de los faraones*, Madrid, 1989, p. 51.

en la oscuridad de estas galerías fuimos recibidos por azagayas y piedras lanzadas por unos enemigos a los que no podíamos ver, y aquello puso fin a nuestras observaciones».

A pesar de la desazón provocada por contratiempos imprevisibles como los relatados antes, el dibujante francés está a punto de vivir uno de los momentos más intensos de su viaje al Valle del Nilo, algo que hará que redoble sus esfuerzos para proseguir el camino. Todo ello gracias a un hallazgo tan fortuito como prodigioso realizado junto al templo de Ramsés III, en Medinet Habu, a pocos kilómetros de la necrópolis tebana sobre la misma orilla occidental. Allí descubrió entre las ruinas del templo un fragmento de papiro con restos de escritura en hierático,<sup>9</sup> hallazgo que consideró como un tesoro personal. Refiriéndose a este documento escribirá: «Hace falta ser curioso, diletante y viajero para apreciar en su medida un goce tal. No sabía qué hacer con mi tesoro, del miedo que tenía de destruirlo. No osaba tocar ese libro, el libro más antiguo conocido hasta entonces. No osaba confiárselo a nadie, no me atrevía a dejarlo en ningún sitio. (...) Era la primera vez que veía imágenes en el acto de escribir. Luego los egipcios tenían libros».

Tras abandonar Tebas, después de haber compensado su partida con aquella furtiva visita a los grandes templos funerarios del Imperio Nuevo, la expedición del general Desaix, y con ellos Denon, emprende de nuevo el viaje hacia el sur.

Dentro del itinerario se encontraba la pequeña ciudad de Esna, donde Denon fue testigo desolado del lamentable uso que los lugareños hacían de las ruinas del templo de esta localidad, dedicado al dios alfarero con cabeza de morueco, Khnum, divinidad de la primera catarata del río Nilo. La pobreza de los habitantes de esta pequeña localidad llevó a muchos de ellos a instalarse en su interior, a falta de otro lugar donde cobijarse. «Lo han cubierto miserables casuchas en ruinas y lo han relegado a los usos más abyectos. ¡Hace falta descombrar todo esto!», recordará indignado Denon en sus diarios.

Tras dejar atrás Esna, la expedición de Desaix sigue su avance en pos del enemigo mameluco y llega hasta dos ciudades importantes, Edfu y Kom Ombo. Sus templos de época ptolemaica (*circa*

---

<sup>9</sup> El hierático es una variante cursiva de la escritura jeroglífica. Obviamente, Denon tampoco sabía descifrarla.



Representación idealizada del país de los faraones, según el frontispicio de la *Description de l'Égypte* (1809-1829).

III a. C.), muy bien conservados —especialmente el primero de los dos—, despiertan la admiración de Denon, que se encargará de dejar constancia de ello en sus cuadernos.

Al sur de Edfu se encuentra Hieracómpolis, donde Denon dibuja una de las puestas de sol más bellas de su viaje. Sentado junto a un árbol, el francés reflexiona sobre su situación y las condiciones del viaje. Han transcurrido casi doce meses desde su llegada a Alejandría y más de un año desde su partida de Francia. La fatiga comienza a hacerse sentir y Denon constata lo mucho que se ha abandonado a sí mismo en su afán

por captar con sus dibujos todo lo que ha visto en su viaje, en un ir y venir continuo. Sin embargo, el esfuerzo ha merecido la pena. «Heme aquí con lo que queda de mi ropa —comenta el propio Denon—, fruto de las marchas continuadas, de la pérdida de mis equipajes y del poco cuidado y tiempo que he dedicado a mi persona, ocupado de mis dibujos y de mi diario. Eso sí, jamás he abandonado mi carpeta; la llevaba conmigo día y noche y me servía de almohada».

Su viaje por Egipto concluirá en Asuán. Hasta allí se desplaza la expedición del general Desaix el 2 de febrero de 1799, en un último intento por llevar a buen término su empresa militar. Y, como la guinda que culmina un magnífico pastel, en esta ciudad repleta de pequeñas islas repartidas a lo largo del Nilo, Denon encontró lo que realmente estaba buscando: «Fue el día más bello de mi viaje. Tenía ante mí, y para mí solo, entre siete y ocho monumentos en un espacio de 300 marcas; y, lo más importante, a mi lado no había ninguno de esos curiosos impacientes que nos apremian sin descanso para ir a ver cualquier otra cosa».

Fascinado por la belleza de los monumentos de Asuán, Denon acampa entre las ruinas del templo del dios Khnum, en la isla de



Elefantina. Allí sigue dibujando, aunque su estancia en aquel santuario será tan breve como las otras. Sin embargo, tiene tiempo para realizar alguna escapada a los templos más importantes de la zona, como el de la diosa Isis en la isla de Filae, el último bastión de la cultura egipcia.

Las circunstancias bélicas obligaban a desandar todo el camino hasta El Cairo. Afortunadamente, esto sirvió a Denon para poder completar algunos de sus dibujos, visitando por segunda vez las ruinas de Edfu, Tebas o Dendera. Finalmente, en julio de 1799, trece meses después de que la armada francesa arribara a las costas de Alejandría, Denon llega a El Cairo. Allí, se vuelve a encontrar con el máximo responsable de la expedición, Napoleón Bonaparte. Denon le refiere, personalmente, todo el trabajo realizado en poco más de un año y le muestra el borrador de lo que más tarde sería una realidad: su obra *Viaje por el Alto y Bajo Egipto junto a las campañas del general Bonaparte*,<sup>10</sup> el diario de la expedición ilustrado con más de mil dibujos realizados a la pluma y al carboncillo, que finalmente saldría publicado tres años después, en 1802.

Editados en gran formato, los dos volúmenes que componían el *Viaje* tuvieron un éxito destacado; la primera edición se agotó muy pronto y fueron necesarias varias reediciones más en poco tiempo. El éxito de la obra fue tal entre los eruditos europeos que no tardó en traducirse a varios idiomas, como el inglés y el alemán.

Napoleón quedó tan fascinado por la ingente labor de Denon que ordenó crear dos comisiones encargadas de continuar la tarea del barón. Al frente estarán el matemático Jean Baptiste Fourier y el ingeniero Louis Costaz. No solo se trataba de recopilar y organizar la ingente cantidad de bocetos, dibujos y grabados realizados durante los trece meses que la expedición napoleónica estuvo en Egipto, sino de catalogar las obras de arte —esculturas y relieves en su mayoría—, que los expertos de Napoleón trajeron consigo a Francia para estudiarlos como nunca antes se había hecho.

Estas comisiones, y el trabajo ya realizado por Denon, serían la semilla de lo que años más tarde será la famosísima *Descripción de*

---

<sup>10</sup> *Voyage dans la Basse et la Haute Egypte pendant les campagnes du général Bonaparte*, París, 1802.



Algunos de los objetos hallados por la expedición francesa, según uno de los dibujos incluidos en *Description de l'Égypte*.

Egipto, cuyo verdadero título será, *Descripción o recopilación de las observaciones e investigaciones que se hicieron en Egipto durante la expedición del ejército francés*, publicada por orden de S. M., el emperador Napoleón.<sup>11</sup>

Para su publicación, Jomard, el editor de esta obra que saldría a la luz entre 1809 y 1829, utilizó más de ciento cincuenta láminas originales de Denon. Los nueve volúmenes de texto, doce de láminas y uno más de atlas geográfico de esta magna obra demostraban con absoluta claridad que quien en principio apenas había sido una mera comparsa en

aquella expedición histórica se había convertido en el gran protagonista del equipo de sabios que Napoleón llevó consigo. Un verdadero sueño que jamás se pasó por la mente de aquel noble de segunda, al que casi dejan en tierra por anciano.

Todo ello supuso el renacimiento de Denon. A su regreso a París, la fama del trabajo realizado y el reconocimiento de su amigo el emperador ya le habían precedido. Una nueva fiebre, la egiptomanía, se extiende por toda Europa como un reguero de pólvora. Los testimonios de sabios y de los soldados que habían formado parte de la expedición sobre las bellezas de Egipto, refrendados por las numerosas publicaciones que a partir de ese momento salen a la calle, convierten el Valle del Nilo en el tema predilecto de tertulias y reuniones de la alta sociedad.

Por su parte, Denon, pasado ya el umbral de la cincuentena, no deja de recibir ofertas para diversos cargos públicos, todos ellos relacionados con las artes y el coleccionismo. El mismo año que

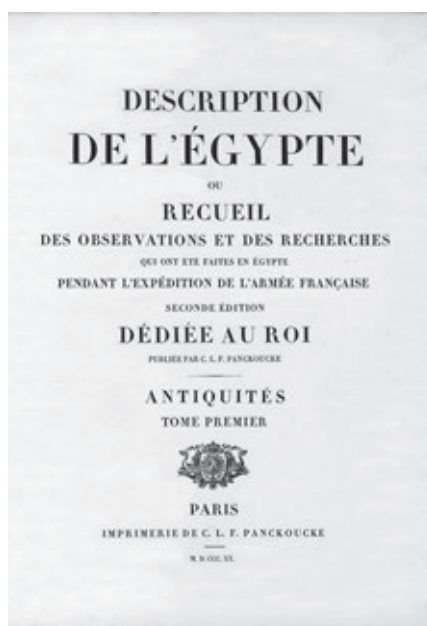
<sup>11</sup> *Description de l'Égypte, ou Recueil des observations et des recherches qui ont été faites en Égypte pendant l'expédition de l'Armée française*, París, 1809-1829.

salía publicado su *Viaje al Alto y Bajo Egipto* (1802), es nombrado director del Museo Central de Arte, lo que fue el museo Napoleón y que más tarde recibirá el nombre de Museo del Louvre. Antes de que Denon se encargara de sus fondos, esta institución apenas contaba con unas pocas piezas de arte antiguo, tanto de Egipto como de otras culturas; bajo su dirección, sus fondos se enriquecieron con toda la colección de piezas que él mismo había traído desde Egipto. De este modo, el Louvre pasó a convertirse en poco tiempo en la colección de arte egipcio más importante de toda Europa y en punto de referencia para todos los egiptólogos de la época.

Dos años más tarde, gracias a la eficiente tarea que desarrolla en el Louvre, Denon es nombrado director de los Museos de Francia. Sin embargo, tras la derrota de Napoleón, en 1814, los Gobiernos de los países aliados obligan a Francia a devolver todos los objetos robados a los vencidos en sus confrontaciones anteriores. Denon no puede soportar esta humillación y dimite de su cargo.

Con sesenta y siete años, lejos de abandonar la profesión que más amaba, se dedica en cuerpo y alma al estudio y catalogación de sus colecciones privadas.

Aún llegará a tiempo de presenciar uno de los mayores logros de la ciencia: el desciframiento de los jeroglíficos. El 27 de septiembre de 1822, en la Real Academia de las Inscripciones y Bellas Letras de París, asistió a la lectura de la *Carta a M. Dacier*, de Jean-François Champollion, momento histórico en el que nació oficialmente la egiptología. Para su trabajo, Champollion se había ayudado de las copias que Denon había hecho de la conocida piedra de Rosetta; copias realizadas antes de que



Primera página de la *Description de l'Égypte*.

la piedra de granito fuera entregada a los ingleses como botín de guerra.<sup>12</sup>

Poco es lo que Denon pudo aprender de la escritura jeroglífica. El 27 de abril de 1825, los ojos del Caballero del Louvre se cierran para siempre en París. Tras él quedaba una gran estela de investigaciones, estela que sería tomada poco después por varios compatriotas suyos. Al año siguiente de su muerte, la colección privada de Denon, que había sido heredada por su sobrino Brunet-Denon, fue vendida a varios museos provinciales, especialmente al de Boulogne.

La obra póstuma de este coleccionista es vastísima. En cuatro tomos, Amaury-Duval publicó en 1829 las notas privadas que sobre sus colecciones y el arte en general había escrito Denon en vida. Este trabajo era la primera historia del arte jamás escrita. En ella se incluían trescientas diez planchas litográficas; una selección de las más de cuatrocientas que realizó en vida el propio Denon, siendo las más espectaculares las que reproducían cuadros de Rembrandt.

En su memoria, uno de los pabellones del museo que él vio nacer, el Louvre, lleva hoy su nombre.

---

<sup>12</sup> Hoy la Piedra de Rosetta puede verse en la sala 4 del Museo Británico (EA24) en Londres, donde llegó en 1802.